

ejército arriesgar batalla contra un enemigo talmente superior en número, formó sus soldados en cuadro y se dirigió con rapidez sobre la ciudad llamada Conte (1), donde Firmus tenía encerrados los prisioneros, creyéndolos con seguridad en plaza lejana situada en una altura que la ponía al abrigo de insulto; pero consiguió rescatar á todos los romanos, y como acostumbraba, castigó á los traidores y satélites de Firmus. »

Refugiado este rebelde entre los *Isaflenses* (2) penetró Teodosio en su territorio y les pidió se lo entregasen, así como á su hermano Mazuca y los demás parientes que le acompañaban; y como no lo obtuviere de seguida, comenzó á hostilizarlos y les dió una sangrienta batalla, en la que, «*viéndose rodeado por todas partes formó su ejército en círculo; y aunque se batieron con extraordinario encarnizamiento los bárbaros, pronto el peso de las cohortes romanas forzó á replegarse las delgadas líneas de los Isaflenses, de los que cayeron en gran número.* El mismo Firmus, no encontrando la muerte que buscaba desesperado, despues de grandes esfuerzos, se salvó por la velocidad de su caballo acostumbrado á correr entre rocas y precipicios. Mazuca, su hermano, quedó herido y prisionero, pero cuando iba á ser enviado á Cesárea donde dejó terribles muestras de crueldad, se arrancó la vida rasgando con sus propias manos los bordes de la herida. . . . Avanzó luego atrevidamente Teodosio á la comarca llamada *Jubalena* (3), que era pátria de la familia de Nubel; pero detuvo su marcha ante la elevacion de las montañas y los tortuosos desfiladeros que formaban sus pasos, pues aunque se abrió ca-

(1) La *Civitas-Contensis* nombrada aquí no parece aún identificada, pero se supone debía estar entre el pequeño y el grande Atlas.

(2) Segun Berbrugger hay mucha probabilidad de que los *Isaflenses* sean los actuales *Flisas*, en locucion árabe, ó *Iflisen* en la Kabila.

(3) La *Jubalena* cree el mismo Berbrugger que debe ser el distrito de *Zuana* en el *Furjurra*, que es donde están las más altas montañas de la Kabilia.

mino cayendo sobre los enemigos y haciéndoles gran carnicería, desconfió de subir á las encumbradas cimas, muy propias á ocultar emboscadas, y volvió sin experimentar pérdida á la fortaleza de *Audia* (1), donde recibió la sumision de la valiente tribu de los *Fesalios* que voluntariamente le ofreció víveres y auxiliares. » Resuelto á no cejar en su resolucion, se detuvo algun tiempo cerca de la fortaleza de *Medianum* (2), esperando á fuerza de perseverancia y diligencia lograr de aquellos bárbaros le entregasen á Firmus; pero sabedor de que habia vuelto al país de los isafenses, dirigió hácia allí la marcha otra vez, y ellos se prepararon á darle nueva batalla, rechazando Igmazen, que era su jefe ó rey, la intimacion que le hizo.

« Al dia inmediato, en cuanto amaneció, avanzaron los dos ejércitos con aire amenazante para venir á las manos. El frente de los bárbaros se componia de unos 20.000 hombres, y *tenian ocultos detrás de su línea muchos cuerpos de reserva que debian poco á poco extenderse durante la accion, y sin ser apercibidos envolver á los romanos.* Gran número de los jesalios que prometieron vituallas y ser auxiliares, se pasaron á Igmazen; pero los romanos, aunque pocos, fuertes por su valor y animados por el recuerdo de las precedentes victorias *se unieron, cubriéronse de sus escudos juntos en forma de tortuga y sostuvieron firmes el ataque, que se prolongó desde que salió el sol hasta finalizar el dia.* Poco antes del crepúsculo apareció Firmus, montado en un gran caballo, cubierto de un manto de púrpura que desplegabá orgulloso, gritando sin cesar á los romanos que aquel era el momento oportuno de libertarse de los

(1) Ya se dijo que se halla al N. de Aumale, á 23 kilómetros, punto conocido por *Aium Bessen*, donde aún se ven las ruinas de un fuerte romano, cerca del cual levantaron otro los franceses.

(2) Por semejanza de nombres han supuesto algunos que *Castellum Medianum* corresponde ahora á *Medea*^h; mas la respetable opinion del citado Berbrugger es que mejor corresponde á *Bordj-Medjana* ó el *Bordj-Hamza*.

perpétuos combates á que estaban expuestos, y que no tenían que hacer sino entregarle á Teodosio, tirano inhumano, inventor de crueles suplicios. Esas palabras excitaron la indignacion y el valor en la mayor parte de los soldados, dejándose otros seducir y abandonando el combate. Llegada la noche y cubiertos por la oscuridad los dos ejércitos, regresó Teodosio á la fortaleza de Audia; pasó revista á sus tropas é impuso diversos castigos á los que el temor ó las promesas de Firmus desviaron del campo de batalla, haciendo cortar á unos la mano derecha y á otros que fuesen quemados vivos. Entonces; redoblando la vigilancia para evitar sorpresas, rechazó algunos bárbaros que á favor de una noche oscura llegaron á atacar su campo, haciendo prisioneros á los que se adelantaron con mas temeridad. Marchó en seguida sobre los jesalianos que le hicieron traicion, y tomando caminos escusados por donde no le esperaban, cayó sobre ellos á sangre y fuego reduciéndolos á la mayor miseria. Desde allí, por los pueblos de la Mauritania Cesariense volvió á Sitifis, donde hizo morir en los tormentos, quemándolos despues, á Castor y Martiniano, cómplices de Romanus en rapiñas y maldades.»

Al otro año (374) empezó nuevas operaciones contra los isaffenses, y como en la primera accion fueron dispersados y muertos gran número de bárbaros, Igmazen, que hasta entonces se creía vencedor, se asustó del cambio de fortuna, y abandonando secretamente sus gentes, se fué á ver á Teodosio y le pidió enviase á Masilla, jefe de los mazices, para concertar con él la paz; y como durante los tratos y por su mismo consejo siguió el Conde hostilizando á los pueblos y causándoles todo género de perjuicios, logróse que fatigados de tantos daños «se dispersaran como rebaños en sus montañas, y que Firmus forzado de dejar los innaccessibles abrigos donde se guarecía desde

tanto tiempo, intentára escaparse en secreto y fuese detenido y preso por Igmazen» y persuadido en aquel duro trance el porfiado rebelde del fin que le aguardaba, se dió la muerte; hecho que sintió su recién aliado por no poder entregarlo vivo á los romanos, reduciéndose á conducir el cadáver al castillo *Rubicarense* (1), donde tenia Teodosio su campamento y fué reconocido por todos.

El general romano se detuvo en el distrito por algun tiempo y regresó despues á Sitifis como en triunfo, colmado de elogios y aclamaciones en toda la provincia por haberla libertado de los males de tan empeñada guerra y restablecido la pública tranquilidad.

Leyendo este relato de la insurreccion de Firmus, ocurrida como se ha dicho tres siglos y medio despues que la de Tacfarinas y 474 años posterior al fin de la de Yugurta, nos admira observar cómo se transmitian, ó se mantenian, las cualidades de carácter, de espíritu y costumbres de guerra en aquellos pueblos africanos; pero se puede explicar si se atiende á que los mantuvieron en continuo ejercicio en la série apenas interrumpida de revueltas y sediciones que se han enumerado. Y aun es más notable el cotejo llevándolo adelante en los acontecimientos posteriores hasta la presente época; pues las expediciones de los franceses contra los Kabilas de la Argelia, la manera de batirse éstos y su sumision una vez vencidos, parecen reminiscencias de las campañas del conde Teodosio descritas por Amiano Marcelino.

Sucesor Firmus de los caudillos que habían intentado

(1) *Riossubicari* debe corresponder, segun Mac-Carthy, á *Mers-el-Hadjad* que está entre *Argel* y *Dellis*; sin que se confunda con *Rusucurari* ó *Rusueuru* que se identifica con *Dellis*.

levantar los países de Africa contra la dominacion extranjera, no tuvo las condiciones de talento y pericia militar de Yugurta ni de Tacfarinas; mas sí poseía actividad y bastante sagacidad para valerse de las astucias y doblez que usó el célebre rey nómada con sus contrarios y para ganarse el ánimo de los indígenas, arrastrando á su causa poderosas tribus.

En cuanto al conde Teodosio á quien el emperador confió la mision de aquella guerra, muéstrasenos desde el principio al fin como un experto y entendido general; pues todo lo consignado por el historiador respecto á su conducta política y militar es digno de encomio, responde á las circunstancias, al país, á la clase de enemigos que perseguía, á las pocas fuerzas con que contaba, revelando poseer carácter de mando y la buena doctrina militar de los mejores tiempos de Roma. Solo por exceso de crueldad en los castigos se le ha censurado, tal vez justamente; pero era eso un achaque harto comun en su siglo, como por desgracia de la humanidad lo ha sido hasta en dias recientes, y hay tambien que considerar el caso en que se hallaba y lo que hacían sus enemigos, para reducir la crítica á razonables límites.

Apenas llegado á Africa, empezó á dictar providencias muy acertadas en el orden administrativo y de justicia, como el alejamiento del gobernador Romanus, la prision de los concusionarios en Cartago, y otras para corregir abusos y predisponer la adhesion de los naturales; y antes de emprender las operaciones, estudió mucho sobre el plan que debería seguir; adquirió minuciosas noticias que supliesen á los reconocimientos del terreno, de los pueblos y de los enemigos, y se ocupó con esmero de que las tropas procedentes de Europa se fuesen aclimatando y preparando para las marchas y fatigas que les esperaban en un país tan distinto y en un género de guerra nuevo. El len-

guaje que habló al ejército para infundirle confianza y seguridad de vencer, y el hábil tacto político con que procedió librando de exacciones á los pueblos fieles ó aliados, fueron igualmente preliminares importantísimos, y tan loables como la actividad que despues empleó en no dejar sosegado al jefe de la insurreccion á pesar de sus aparentes ofertas de sometimiento, en la positiva idea que concibió de que no concluiría la guerra mientras no lograrse su captura ó muerte. Su inquebrantable constancia en castigar á los criminales, á los cobardes, á los desertores y á las tribus que le hacian traicion, contribuyó no ménos que su pericia al resultado favorable que se propuso conseguir.

De valor prudente y de serena inteligencia en los mayores peligros dió pruebas en todas las acciones y batallas que empeñó; y aunque siempre en inferioridad numérica de soldados, supo utilizar las condiciones de solidéz, de instruccion y disciplina de sus legiones para vencer ó retirarse; mereciendo se anoten particularmente los órdenes de formacion táctica que señala Amiano, en cuadro y en círculo para rechazar los ataques envolventes de las innumerables bandas enemigas, que le permitieron no solo una defensiva impenetrable, sino tomar á su tiempo vigorosa ofensiva contra aquellos bárbaros, que si bien de mucha valentía individual, carecían de unidad de accion, de lo compacto de las líneas, del ejercicio de maniobras y de los principios de obediencia y disciplina de un ejército regular.

El conde Teodosio debe quedar inscrito en el largo catálogo de generales ilustres que pueden servir de modelos y fundar escuela para las guerras de Africa; siendo además simpática su memoria por cuanto fué padre del insigne emperador del mismo nombre (nacido en España), á quien la historia conserva el título de grande.

Ni su mérito, ni los esclarecidos servicios que prestó al imperio en uno y otro continente, sirvieron para librar-

le de las envidias, de las intrigas malignas y de la ingratitude tan frecuentes en la decadencia de Roma, pues á poco de terminar gloriosamente esta guerra, le condenó á muerte Graciano por ligeras é infundadas sospechas que concibió de su conducta.

GUERRA DE GILDON.

En recompensa de la lealtad y servicios durante la anterior guerra obtuvo Gildon, hermano de Firmus, con el título de Conde el mando militar de todos los dominios de Africa, que ejerció por más de doce años con un poder tan extenso que le hacia de hecho el Gobernador General y reducía la autoridad del procónsul Probinus, establecido en Cartago, á puramente subalterna ó nominal. Se le habian concedido tambien las inmensas propiedades que pertenecieron á su poderosa familia, y hasta se ligó á la imperial casando á su hija Salvina con Nebridus, sobrino del gran Teodosio. Orgullosa al verse elevado á tan alta gerarquía, en el ejercicio de un mando dilatado, sin trabas y casi absoluto, se desvaneció con humos de independencia que insensiblemente le llevaron á concebir secreta intencion de sustraerse con aquellos estados al Imperio: el verdadero africano se revelaba al fin. El emperador Teodosio pudo comprender algo de ese cambio al observar su conducta expectante cuando le pidió tropas, que eludió enviar, con motivo de las pretensiones del franco Arbogasto, pero disimuló la falta políticamente á causa de los negocios públicos. La division que se hizo á su fallecimiento, dando á Honorio el Imperio de Occidente con Milan por capital, y á Arcadio el de Oriente, con Bizancio ó Constantinopla (año 397) y los celos y contiendas que surgieron inmediatamente, facilitaron á Gildon realizar

la rebelion que meditaba, que si bien existía latente, mantuvo oculta hasta entonces bajo la forma de negarse dependiente del Emperador de Occidente á que correspondía, y figurar se sometia á la autoridad del de Oriente, como más lejano y débil, con objeto de no obedecer á ninguno.

Era Gildon de avanzada edad, pero parece que continuaba dado á la disolucion, á la avaricia y á las pasiones de tiranía y violencia: seguía en el paganismo, mientras casi todos los de su familia profesaban ya la fé de Jesucristo; y se aprovechó para sus fines sediciosos, de las terribles discordias del cisma y de las sectas heréticas, favoreciendo con el peso de su autoridad á los donatistas y circoncelianos contra los católicos, buscando así halagar el instinto de las razas indígenas por la independenciam y comprometiéndolas en su oposicion al culto romano.

Declarado *enemigo público* por el emperador Honorio, que quiso ir en persona á Africa, encargó á su ministro y favorito Estilicon que dispusiera lo conveniente para el castigo del rebelde y sumision de los países que gobernaba. En su consecuencia eligió éste para que verificase la empresa á Maskelzer ó Mascizel, otro de los hijos de Nubel, que como se ha visto tomó parte con Firmus en la anterior insurreccion; pero que manteniéndose despues con gran fidelidad, y siendo ferviente cristiano y enemigo irreconciliable de Gildon por que habia dado muerte á sus hijos, se encontraba emigrado de su país, ansioso de venganza; cuyos antecedentes explican la idea política que prevaleció en su nombramiento.

No tenemos un texto como el de Amiano que narre con suficientes detalles estos sucesos de la breve campaña de Mascizel, encontrándose las únicas noticias que han quedado en las obras de Paulo Orosio y Zosimo, y en un poema que sobre el asunto escribió el poeta Claudiano, pero del cual solo existe la primera parte que no llega más que hasta el arribo de la expedicion á Cerdeña, de trán-

sito para Africa; y como ignoramos que se hallen vertidas al castellano, acudimos á tomar lo indispensable para que se forme una ligera idea, á los extractos publicados en francés por D'Avezac, Lacroix y Berbrugger.

Difícil era la mision confiada á Mascizel si se atiende á que Gildon que por tanto tiempo mandaba en Africa como soberano, debía contar en su partido con mucha gente de importancia; que tenia organizada á su gusto la administracion, y que disponia de un ejército constituido é instruido á la romana, que se hace ascender á 70.000 hombres, á más de los enjambres de ginetes é infantes irregulares que le proporcionaban los pueblos y tribus. Pero la confianza que dá el influjo moral de la autoridad legítima contra la rebeldía ó la usurpacion, y las inteligencias que sin duda se mantenían en el país y tal vez en el ejército, hicieron comprender que más que á las fuerzas de la expedicion se debía fiar el éxito á las dotes del general y á la calidad de sus tropas. En tal concepto salió de Italia Mascizel llevando un cuerpo de 5.000 soldados legionarios escogidos y veteranos, entregado con fé á la esperanza de que Dios ayudaría á la justicia de su causa, y que al poner pié en Africa acudirían á reunírsele muchos descontentos y sus antiguos amigos, para formar numerosos auxiliares: sus particulares quejas y el vivo deseo de vengarlas, debe creerse le agujijoneaban hasta el extremo de no concebir obstáculo posible.

Ignórase el punto donde desembarcó, así como los incidentes, encuentros y movimientos que tendrían lugar inmediatamente despues; pero no serían importantes cuando nadie los menciona y cuando, sin otras noticias, salvando el tiempo y las distancias, se presenta luego al pequeño ejército expedicionario acampado muy al interior, entre *Thebesta* (Tebesa) y *Ammedara* ó *Ammedera*, sobre el rio *Ardalio* (que ahora se identifica con *Oued-Hedra* ó *Oued-Yrougli*; y *Ammendera*, que en el mapa de Sentinger

se llama *Ad-Medera*, créese corresponda á *Hedra*, lugar que está ya en el Estado de Túnez, aunque inmediato á la frontera de la provincia de Constantina, donde existen visibles unas ruinas romanas).

En la imposibilidad de suplir la carencia de pormenores para formar juicio acerca de ese primer período de la campaña, no será aventurada la hipótesis de que Gildon dejaría á su hermano avanzar tranquilamente, ó que con insignificantes escaramuzas y estudiada retirada le indujera á penetrar tierra adentro, á fin de desbaratarle y concluir con su reducida hueste de un modo completo, siguiendo en ese plan los ejemplos de Masinisa y de Yugurta. De todas suertes, al verse Mascizel tan adentro del país y contemplar la escasez de sus fuerzas, bien que, para las marchas y posiciones que eligiera, debe inferirse que como muy práctico en aquel terreno sabría buscar el más ventajoso que compensase algo su inferioridad, hubo momentos en que decayó de ánimo y pensó salvarse abandonando el ejército; mas dícese que, por efecto de cierta vision mística que tuvo una noche, cobró alientos y se dispuso á librar batalla.

Rodeado estaba por todos lados de 70.000 hombres que acaudillaba Gildon, comprendidos en esa cifra los contingentes de getulos y ethiopes, y muy segura podía este contar inmediata victoria en que aniquilase á los romanos, cuyo efectivo no excedería mucho de 5.000 hombres, incluidas las legiones *Fovia*, *Herculea* y *Augusta* que llevó Mascizel de Italia, compuestas de veteranos aguerridos y acostumbrados á vencer á los bárbaros, y de unos cuerpos auxiliares que se adornaban con los pomposos dictados de *Leon*, *Afortunados* é *Invencibles*: mas un frívolo incidente ocasionó el desenlace contrario y casi increíble, inutilizando las circunstancias y todas las probabilidades del resultado que se debía esperar.

Al aproximarse para atacar á Mascizel, las tropas de

este, que iban en cabeza, parlamentaron haciendo proposiciones; y como un porta-estandarte de los de Gildon se irritara al oír lo que querían los otros y prorumpiera en excitaciones á sus camaradas para proseguir en el ataque desentendiéndose del discurso del jefe enemigo, le dió Mascizel un golpe con el que le abatió la bandera; lo que visto por gran parte del ejército á que pertenecía, creyó la soldadesca que era el acto de rendirse la vanguardia, se pronunció la palabra *traicion*, que cundió instantáneamente y se declaró un pánico general y un *sálvese el que pueda* que no hubo forma de contener: siguióse pues la confusión más espantosa y la huida, y se disolvieron como por encanto aquellas masas en pocos minutos. (Año 398.)

Abandonado así el rebelde del ejército, se declaró todo el país al instante por su victorioso hermano y sumiso al Imperio: Gildon se fugó hácia el litoral y se embarcó para alejarse; pero arrojada la nave por los vientos sobre Tabarca fué capturado, y entonces se quitó la vida, lo mismo que hizo su hermano Firmus, para evitar el suplicio.

Siendo tan escasos los datos históricos sobre esta guerra, pocos motivos de estudio ni reflexiones se pueden deducir; juzgamos sin embargo, que patentiza el poderoso valer de la fuerza moral que acompaña á la legalidad ó la justicia de una causa, y que con ella se alcanzan lauros inmarcesibles si las tropas encargadas de sustentarlas, aunque sean en gran inferioridad numérica, reúnen á solidez constitutiva, disciplina y espíritu que sostenga el ánimo ante las muchedumbres alborotadas, á través de las dificultades y sufrimientos.

Admitido está que *nada hay indiferente ni despreciable en las operaciones de guerra*, y así lo comprueba el raro caso

á que se atribuye el triunfo de Mascizel; sobre el cual, aun cuando haya error ó fantasía en la manera con que lo refieren los historiadores, siempre es lícito suponer que algo muy inesperado ocurrió: pudiendo tambien inferirse que no iba satisfactoriamente constituido el ejército de Gildon, que le faltaba unidad y que era aparente, ficticio é inseguro el prestigio del caudillo, cosa bastante probable en la índole movediza de aquellos naturales. Por otra parte, si se tiene en cuenta el carácter de guerra civil é intestina de la que se trata, no aparece el suceso tan extraordinario, porque muchos antiguos y modernos ocurrieron en que próximos á pelear dos opuesto bandos, se les vió unirse y fraternizar, ó huir y desaparecer el uno sin justificada razon.

Es leccion que no debe pasar desapercibida, y de que ya llevamos registrados varios ejemplos, el gran peligro de no prever y no atajar con energía los primeros síntomas de ese movimiento terrible del pánico, que propagándose en las filas como chispa eléctrica, produce pronto el desórden, rompe los lazos de la formacion y disciplina y concluye en una inevitable derrota.

La decadencia política y militar del imperio de Occidente se demuestra aquí no solo por la tardanza en acudir contra el rebelde magnate de Africa y por ver confiado aquel importantísimo cargo, lo mismo que la mision de someterlo y muchos puestos superiores de la corte, á extranjeros que nunca en otros tiempos hubieran aspirado á semejante elevacion, sino tambien al observar que apenas completaban 5.000 hombres las tres legiones enviadas de Italia, cuando antes se compuso cada una de 6.000.

Apesar de todo, aquel pequeño cuerpo de veteranos, conservando la serenidad y confianza propias de tropa disciplinada y aguerrida ante las masas en mucha parte salvajes que les rodearon, respondió al antiguo nombre y reputacion de las armas romanas, salvando el honor de

sus banderas en una de las últimas ocasiones en que se vió comprometido en Africa, donde rápidamente se acercaba el fin de su dominacion.

De regreso en Milan el general vencedor para dar cuenta de su mision y recibir el premio que parecia corresponderle del emperador Honorio, obtuvo muerte despiadada, arrojándolo al rio desde un puente por orden y á presencia del mismo Estilicon; quien con esa cruel ingratitud pagó su leal comportamiento para eludir, se dice, la justa recompensa que merecia, temeroso de que más adelante pudiera seguir el ejemplo de sus hermanos y aspirar con mejor fortuna á la emancipacion de Africa.

Probable será que semejante asesinato contribuyera á aumentar el disgusto y la odiosidad que ya existia contra los romanos desde larga fecha en gran parte de los indígenas; y que acumulándose eso al espíritu de discordia en la poblacion colonial, por las diferencias religiosas y los abusos intolerables de la administracion, se fuesen predisponiendo los ánimos á favor de cualquier cambio de gobierno hácia otra nueva causa que se suscitara contra los dominadores, segun vino despues á acreditarlo la facilidad con que los vándalos se posesionaron del país, como veremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO V.

GUERRA DE LOS VÁNDALOS

Y DE LOS BIZANTINOS.

SUMARIO.—Invasión, conquista y asiento de los vándalos en África.—Campana de Belisario, que destruyó el poder de los vándalos.—Apreciación crítica.—Sublevaciones, guerras y revueltas que siguieron á la reconquista de los bizantinos.—Guerras y acontecimientos posteriores, hasta la aparición de los árabes en África.

INVASION, CONQUISTA Y ASIENTO

DE LOS VÁNDALOS EN ÁFRICA.



SE hallaba el Conde Bonifacio de Gobernador militar en los Estados romanos de África, cuando á la muerte de Honorio, año 424, subió al imperio de Occidente Valentiniano III, y quedó su madre Placidia de regente por su menor edad. Mostróse desde luego el Conde muy leal, contra los intentos de Juan que aspiró en Italia á usurpar el trono; pero poco despues, á causa de las intrigas de su émulo Aecio, concibió dudas Placidia de su fidelidad y le hizo llamar; mas como al propio tiempo, con maligna intencion, le advirtió aquel ministro que le aguardaba el mayor peligro á su llegada, rehusó obedecer al llamamiento. Conseguido así el fin de

la intriga para perderle, se enviaron contra Bonifacio algunas tropas, infructuosamente, merced á su habilidad y á desavenencias entre los jefes; lo que dió lugar á que se aprestase otra respetable expedicion para reducirlo, bajo el mando de Sigiswlde.

Lanzado con eso el Conde en abierta rebeldía, temeroso de su ruina y despechado de la ingratitude con que se le pagaba, decidió llamar en su auxilio á los vándalos que acababan de establecerse en la banda meridional de España, enviando al efecto emisarios y ofreciéndoles dividir con ellos los dominios de Africa, si querían asistirle contra los romanos: fatál resolucion, cuyas consecuencias no pudo prever, que le hicieron representar el triste é indigno papel que tres siglos adelante imitó Julian para traer á la Península la invasion mahometana: ¡coincidencia rarísima de sucesos, que pocas veces ofrece la historia con rasgos tan semejantes!

Como antecedente, se dice que habiendo estado anteriormente Bonifacio en España á tratar con Gunderico para obtener cesasen las devastaciones en los establecimientos romanos, se enamoró de una jóven vándala, con la que se casó, y que su influencia contribuyó en gran parte á la conducta que luego siguió buscando el apoyo de aquella nacion. Sea como quiera, los vándalos aceptaron la proposicion que les abria el camino para dominar aquel vecino continente, y si bien postergada la empresa á otra guerra que les surgió con los suevos, y por ciertos disturbios entre ellos en que pereció Gunderico, apresuróse despues á ejecutarla Genserico, que, matador y sucesor del rey, fué proclamado Soberano.

Por el mes de Mayo del año 429 se cree se embarcaron y arribaron á la costa mauritana con 50.000 hombres, vándalos y alanos, más sus familias, opinándose sin embargo que en conjunto apenas llegarían á 80.000 individuos. Una vez allí, la índole movible y turbulenta de los

africanos ofreció pronto á Genserico multitud de aliados con que robustecer su hueste, ávidos de pillaje y de sacudir la vieja dominacion romana, incluyendo tambien entre ellos á bastantes colonos á quienes agobiaban las exacciones del fisco imperial y uniendo á esos elementos el de los sectarios donatistas que, encarnizados por rivalidades religiosas, simpatizaron con los vándalos sectarios del Arrianismo, pudo recorrer á sangre y fuego las Mauritánias, hasta llegar al borde del rio *Ampsaga* (*Oued-el-Kebir*, en la provincia actual de Constantina), que limitaba la provincia sitifense con la Numidia, y era el término marcado en el convenio ó pacto con Bonifacio á los dominios que al vándalo cedió.

Descubierta entre tanto por Placidia la trama causante de la rebeldía del Conde, le devolvió su confianza y honores; y él, que estaba ya arrepentido de haber llamado á los vándalos, porque veía sus estragos y penetraban osadamente en la Numidia, propuso á Genserico con grandes dádivas y ofertas, que regresara á España: mas aquel rey, tan hábil como intrépido y ambicioso, no quiso dar oídos á los mensajes y se aprestó á seguir su empresa.

Reunió entonces Bonifacio las tropas de que pudo disponer y acudió á resistir con la fuerza la invasion de su aliado: fuéle contraria la suerte, quedó vencido cerca del expresado rio Ampsaga, perdiendo los mejores soldados, y se refugió en *Hipona* (Bona), cuya plaza sitió en seguida el vencedor. Algunos meses duraba ya la vigorosa defensa (durante la cual murió allí el preclaro obispo San Agustin), cuando alejándose de su campo los vándalos por faltarles subsistencias, y llegando por mar un cuerpo de socorro que le enviaban Placidia y el emperador de Oriente Teodosio, se determinó Bonifacio á salir para provocar otra batalla, en la que tambien le volvió el rostro la fortuna; y por consecuencia tuvo que embarcarse, capitulando la ciudad á los 14 meses de empezado el asedio, año 431.

Hay motivos para suponer que al mismo tiempo que la capitulación se acordó un tratado entre Genserico y la corte imperial, residente entonces en Rávena, por el que ésta cedió al rey vándalo todos los dominios de que estaba hasta allí posesionado, obligándose él, con rara moderación, á pagar cierto tributo y aun á enviar rehenes; pero es probable que, á pesar de eso, hicieran luego incursiones en la provincia romana ó que se suscitaran diferencias, puesto que en 435 firmaron otro tratado de paz con iguales cláusulas, que parece observó religiosamente Genserico por algunos años, dedicado al arreglo de cuestiones interiores de su familia y pueblo, á afirmar su autoridad en el país adquirido, y á prepararse para proseguir en su día la conquista, estudiando bien el estado del que pertenecía á Roma, y ganándose prosélitos en la misma capital Cartago.

Restablecida, como se ha dicho en otro capítulo, aquella ciudad por Augusto, se encumbró en breve á gran esplendor y riqueza, comercio y monumentos; por lo cual, como por la importancia de su situación, determinó Genserico ganarla para centro y capital de su reino. Con ese objeto, después de cultivar astutas relaciones con los donatistas y de tenerlo todo dispuesto en su campo, aprovechó la oportunidad de hallarse comprometidos en Europa los dos imperios, y marchando de repente, se apoderó de ella sin dificultad el 19 de Octubre de 439, obligando enseguida á someterse toda la provincia proconsular y la bizacena, respetando por entonces la tripolitana á causa de su lejanía.

Escasamente trascurrieron dos años y ya las naves de Cartago-Vándala surcaban el Mediterráneo, amenazando á Sicilia y las demás islas; de lo que alarmados los emperadores de Oriente y Occidente dispusieron saliera una grande armada, que regresó sin resultado alguno por la mañana con que Genserico supo entretenerla simulando

negociar hasta que Teodosio tuvo que mandarla retirar, obligado por la marcha de Atila sobre Constantinopla, y firmó la paz, año 442; cuyo ejemplo siguió Valentiniano al ver que se quedaba solo en la contienda. En este tratado se reconoció á los vándalos la soberanía de las provincias proconsular y bizacena, así como de una parte de la Numidia, devolviendo ellos el resto más las Mauritania, y respetando todavía la posesion de la tripolitana.

Tan prósperos sucesos facilitaron á Genserico el dedicar con firme carácter su inteligencia á consolidar el dominio sobre aquellas naciones africanas, sin descuidar por eso mantener sus buques en actividad, amenazando las costas de España y las islas; distribuyó las mejores tierras entre sus vándalos; protegió abiertamente al Arrianismo y las sectas donatistas contra los católicos; y como medida militar, mandó destruir las murallas y fortalezas de todas las ciudades, excepto Cartago, donde las conservó, aunque sin mejorarlas ni entretenerlas, en razon á que consistiendo sus fuerzas principales en caballería, le sería difícil sitiarlas en regla en sublevaciones ó guerras que pudiesen ocurrir. Convencido además de que en el nuevo órden y situacion era preciso dar una forma orgánica al conjunto de sus guerreros, que hasta entonces se manejaban por las bandas y agrupaciones de sus tribus, mayormente cuando estaban mezclados no pocos alanos, suevos, godos y moros, los dividió en ochenta cohortes de á mil hombres, cada una mandada por un jefe que tituló en lengua germánica *Taihunhundafath* (equivalente á *Millinarus* en latin ó *Chiliarques* en griego), y luego subdivididos en fracciones de á ciento y de á diez (centurias y decurias), cuyos oficiales en el mismo idioma vándalo se denominaban *Hundafath* y *Taihunfath* conservaron invariable la manera de pelear que les era habitual, siempre á caballo con espada y lanza, lo mismo para el ataque que para la defensa; pero se valian como auxiliares para infantes ligeros y flecheros, así como

para marinar sus embarcaciones, de los indígenas, de moros aliados y de mercenarios de otros países.

Llamado Genserico en 454 por la emperatriz Eudoxia contra su marido el usurpador Máximo, equipó prontamente una escuadra y ejército expedicionario, y dando fondo con ella en la desembocadura del Tiber, marchó contra Roma; donde, asesinado Máximo, penetró y entregó la gran ciudad á los horrores del saqueo y de la violencia durante catorce dias. Cargado de esclavos y despojos, y llevando entre los primeros á la misma emperatriz, que imprudente le pidió auxilio, con todos sus hijos, regresó á Cartago el rey de los vándalos en el colmo de un poder, engrandecimiento y riquezas que le permitieron desde luego extender su dominio á todas las provincias que al Imperio habia cedido por los anteriores tratados.

En el año 458, reinando en Occidente Mayorino, alcanzó una victoria su escuadra sobre la de los vándalos junto á Sicilia, más señalada que otra obtenida poco antes por Ricimer en Córcega; y animado con eso el Emperador mandó hacer formidables aprestos en Cartagena y se dispuso en 460 á dirigir en persona la expedicion contra Genserico; mas este, precavido despues de arrasar los campos cercanos á la costa, á fin de privar de recursos á los invasores, se dedicó con mañosa sutileza á entablar secretas negociaciones con los godos y entre las mismas tropas de Mayorino, que le dieron provechoso resultado; cundió disgusto, surgieron disidencias y temor de traiciones, y se vió obligado el Emperador á desistir de la empresa, aceptando ciertas proposiciones que antes habia desdeñado.

Orgullosa de su fortuna enviaba de continuo Genserico sus naves por el Mediterráneo, ganaba muchas islas, á excepcion de Sicilia, de la que varias veces fué rechazado y llegó tambien á devastar las costas de Dalmacia, Iliria y Grecia; de lo cual, irritada la córte de Bizancio, y per-

suadida de que no podía obtener por negociacion que cesaran aquellos estragos, determinó emprender una guerra formal.

Confiadas algunas tropas á Marceliano, en 469, pasó á Cerdeña y expulsó de allí los vándalos, mientras Heraclio con otra escuadra y cuerpo de ejército auxiliar, partiendo de Egipto, se apoderaba de la que fué provincia tripolitana. Logrado esto, aumentó el emperador Leon los aprestos de grande armada y de ejército, hasta elevarlo á 100.000 soldados y marinos, que puso bajo el mando de Basílico (ó Basilides) para dar sobre Cartago el golpe mortal. Arribó la escuadra á la costa africana junto al promontorio de Mercurio (el cabo Bon ó Ras-Addar), donde se unieron los buques de Marceliano y las tropas de Heraclio, á fin de operar juntos contra los vándalos, cuya venturosa estrella parecia próxima á ocultarse; pero detenido por torpeza Basílico sin marchar rápidamente hácia la capital, en que hubiera entrado con facilidad por hallarse en consternacion, dió tiempo á Genserico de prepararse. Empezó por enviar comisionados ofreciendo al general enemigo la sumision *del Rey* con sus Estados y pidiéndole tregua de cinco dias para estipular los artículos de un tratado; y con esa astucia de simulada humildad, aunque no causaran efecto de seduccion en Basílico, segun creyó la maledicencia, las generosas dádivas, consiguió accediese á cuanto pedía. Sobrevinieron entonces los vientos que el artero vándalo aguardaba, y montadas sus mejores naves por soldados intrépidos las dirigió á la flota bizantina, lanzó por la noche contra ella muchos brulotes ó aparatos incendiarios que llevaba dispuestos, y sorprendida, mal colocada con todos los barcos apiñados, quedó en breve rato envuelta en llamas y deshecha, parte por el fuego, parte por las olas y la acometida de los enemigos. Huyó como pudo Basílico á Constantinopla, salvóse Marceliano en Sicilia con algunas embarcaciones, y emprendió

Heraclio por tierra una penosísima y larga marcha de retirada, dejando victorioso y del todo asegurado á Genserico, que prosiguió cõn más energía sus excursiones hasta ganar otra vez la Tripolitana, las Islas Baleares, Cerdeña y Sicilia.

El propio Basílico, tan vergonzosamente derrotado y que al llegar á Constantinopla tomó asilo bajo la bóveda de Santa Sofía, puesto luego al frente de otra escuadra, batió en 471 á la contraria y la persiguió hasta Cartago; mas con todo ello, el poderío de los vándalos continuó en prosperidad, y su rey Genserico, despues de ver completamente aniquilado el imperio de Occidente y hecho un tratado con el de Oriente en que se le reconocían y legitimaban todas las conquistas y adquisiciones, terminó su prolongada vida y reinado el año 477.

Los talentos, habilidad y fortuna que le acompañaron, no eran de esperar en sus sucesores; por eso, á pesar de lo bien asentado que dejaba el dominio de Africa, podía adivinarse la decadencia y próxima ruina de los vándalos. La rapidéz de la conquista, la diversidad de razas y caracteres de los pueblos, el encono de las querellas religiosas y los disturbios que aun dentro de la familia real asomaban, por quedar establecido el órden hereditario en el príncipe de más edad y no en el hijo del soberano, habian de ocasionar naturalmente los cambios, trastornos interiores y precipitado fin de aquel gran edificio, cuyos cimientos y armazon no llegarían á adquirir ese enlace y solidez que dá el tiempo á las obras de los hombres.

La decadencia militar que vino despues de todos los triunfos con las riquezas, vicios y libertinaje que suelen ser cortejo de la fortuna saciada, explican tambien los acontecimientos que siguieron hasta la desaparicion del reino de los vándalos antes de cumplirse un siglo; mas no siendo nuestro objeto tocar otra materia que la que atañe á la guerra, nos limitaremos á decir que á poco de ascen-

der al trono de su padre Hunerico tomaron sério carácter las inquietudes y sediciones de los indígenas en diferentes partes, lo mismo que como con harta frecuencia habían hecho contra los antiguos dominadores, y que si muchas veces los reprimieron los vándalos, volvían al cabo de corto tiempo á reproducirlas, ocasionando algunas sensibles derrotas á los que fueron á sujetarlos, como aconteció reinando ya Frasmundo, sucesor de Hunerico, y más notablemente todavía por los años de 522 á 530, en que reinaba Hilderico.

Trascribiremos aquí un trozo del historiador Luis Marcus, que servirá mejor que cualquiera raciocinio para que se forme concepto, porque caracteriza magistralmente la índole de la clase de guerra que sostenían los naturales para sacudir la dominacion extraña.

«Los acontecimientos á que dió lugar esta lucha de dos naciones, no son bien conocidos; pero es fácil determinar su carácter y decir cuál fué el resultado. Era una continuidad de pequeñas guerras de partidarios hácia las costas de la Tripolitana, en la parte baja de la Bizacena, en las montañas del Aurés y en las altas planicies comprendidas entre ellas, el pequeño Atlas, el rio Bagradas, el Chott y el curso superior del Ajebbí. Los moros se presentaron ordinariamente agresores en los primeros tiempos para hacerse dueños absolutos de las cadenas de montañas y de las planicies y valles que encierran; y más adelante, para enriquecerse con el pillaje á costa de los habitantes romanos, del litoral y del país de colinas del interior. Tenian que oponerse á esas incursiones los vándalos, si no querian ver reducido su imperio á los límites de la provincia proconsular donde residian casi todos; pero en sus operaciones estaban las ventajas del lado contrario, porque los moros podian llevar las hostilidades sobre muchos parajes á la vez, ó solo á aquellos que la ocasion les ofrecia más probabilidades de éxito; mientras

los vándalos con pocas tropas estacionadas. en las otras provincias, y siendo en ellas donde se ventilaba principalmente la cuestion, no querian tampoco que sus habitantes romanos se encargasen de la defensa. *Si se acercaban á los enemigos en fuerza considerable, retirábanse los moros á lugares desiertos ó á las montañas, para volver en cuanto se alejasen ó para invadir otro territorio á larga distancia de aquel en que por el momento luchaban contra superioridad numérica.* Mas, por lo comun, eran ellos en mayor número, y por eso como por la táctica militar que usaban los de Levante, lograron salir victoriosos en los combates que libraban á los guerreros tudescos; al paso que los de Occidente se batian á caballo lo mismo que los vándalos, y eran mejores sus infantes. La flecha y el dardo de los númidas y mauritanos les ponian, en efecto, en el caso de hacer más daño á los vándalos que el que recibian de las anchas espadas y largas lanzas de éstos, *por la costumbre de desaparecer del campo de batalla como un relámpago en cuanto veían les cargaba el enemigo, y la de echarse sobre él cuando ménos lo esperaba:* pudiendo así explicarse que en esas comarcas occidentales del imperio de los vándalos llegaron poco á poco los moros, no solo á ser dueños de la Mauritania Cesariense y Sitifense, á excepcion de Cesárea y algunas otras ciudades marítimas, sino á expulsarlos de toda la parte de la Numidia situada al Sur del pequeño Atlas; mientras por el Este los de la Tripolitana y de la Bizacena extendian sus extragos en tiempo de Trasamundo hasta Ruspe y más allá. En el reinado de Hunerico no pudieron arrancarles sino las montañas del Aurés y algunos distritos sobre el camino de Lambesa á Sitifis; pero en los posteriores ensancharon sus conquistas, segun se iban degradando rápidamente los vándalos; y ya en los últimos años de su dominacion se vieron obligados los vecinos de Adrumeta, ciudad cercana á la provincia proconsular, á cerrar sus casas uniéndolas unas á otras, para de-

fenderse como podían de las irrupciones súbitas de los moros.»

También ha de ser interesante transcribir la noticia que dá Procópio de la principal batalla en que fueron derrotados los vándalos en tiempo de Trasamundo, porque revela cierta original sagacidad é ingénio de parte del caudillo de los moros, al paso que visible decadencia de espíritu y valor en los guerreros de Genserico.

«Los moros de las cercanías de Trípoli reconocían por jefe al Príncipe Gabaon, muy sagáz y experimentado en la guerra; y sabedor de que los vándalos preparaban contra él una expedición, empezó por ordenar á sus súbditos que se abstuvieran de toda especie de crímenes, de los alimentos propios á hacer decaer el valor, y del contacto con las mujeres. Construyó en seguida dos campos fortificados, colocándose en el uno con todos los hombres y poniendo en el otro las mujeres, bajo pena de muerte al que osase penetrar en él; y hecho esto, envió unos emisarios á Cartago para observar las profanaciones que los vándalos ejerciesen sobre la marcha en los templos de los cristianos, encargándoles que tan pronto como los fueran desocupando entrasen en aquellos lugares sagrados y tuvieran una conducta opuesta. . . . Desde su primer campamento los vándalos alojaron los caballos y acémilas en las iglesias, y abandonándose á una licencia desenfrenada las llenaron de ultrajes y profanaciones, golpearon á los sacerdotes y les impusieron los servicios de viles esclavos: á su marcha los espías de Gabaon se esmeraban en cumplir exactamente lo que les prescribió, limpiando los templos, barriéndolos y sacando fuera el estiércol y cuanto era impropio de tales sitios; encendían las lámparas, se inclinaban con respeto ante los eclesiásticos, demostrándoles benevolencia afectuosa, y por último, distribuían limosnas á los pobres que se sentaban alrededor de cada iglesia. . . . Al acercarse los vándalos se adelantaron

aqueellos emisarios para dar conocimiento á Gabaon de todo lo que habían ejecutado y de la proximidad del enemigo; y á esta noticia se preparó al combate trazando una línea circular en la llanura donde pensaba atrincherarse: sobre ella dispuso oblícuamente los camellos haciendo una especie de empalizada viviente que tenía doce de profundidad por el lado del enemigo; y situados en el centro los niños, viejos y mujeres, más la caja del ejército, distribuyó los hombres en estado de pelear debajo de los camellos y cubiertos con sus escudos. Dispuestos los moros en este órden, no supieron los vándalos cómo atacarlos; porque ni estaban acostumbrados á combatir á pié, ni á tirar el dardo y lanzar venablos, siendo todos ginetes que solo usaban lanza y espada, y no pudiendo de consiguiente causar daño al enemigo, ni aún hacer que se acercasen sus caballos, porque se espantaban del olor y aspecto de los camellos. Entretanto los moros, al abrigo de su muralla viviente, les enviaban una lluvia de flechas con certera puntería que derribaba caballos y ginetes, pues tenían tambien éstos la desventaja de presentarse muy apiñados. Los vándalos se entregaron á la fuga, y entonces los moros, sabiendo del atrincheramiento, mataron á gran número, hicieron muchos prisioneros, y de aquel crecido ejército solo regresaron á su país pocos soldados.»

La política de paz y amistad, observada por Hilderico con el imperio greco-romano, disgustaba al partido ardiente de los vándalos, que decia haberse llevado hasta actos humillantes y casi de vasallaje; al paso que con los ostrogodos, que eran los aliados naturales, cada dia aumentaba el desvío ó amagaba el rompimiento. En tal disposicion los ánimos y despues de algunos desastres ocurridos con los moros, alcanzó sobre ellos un señalado triunfo el príncipe Gelimer, á quien por el derecho de sucesion correspondia el trono á la muerte de aquel soberano; y sea por maquinacion preparada ó por efecto de